

uno á uno la tumba de Nedella y fueron á alinearse junto á sus cañones mudos.

Todo volvió á entrar en el orden acostumbrado.

Bajo tierra dormía una mujer esperando el despertar...

Cien palomas ascendieron al cielo, escapando del pequeño campanario de la pagoda; iban á decir á la India toda que Nedella esperaba, bajo una piedra sellada, un libertador.

Y los guerreros indios ceñían la espada para intentar la prueba, mientras los ingleses se burlaban del cuento de la *Reina de las Nieves*.

Cuatro años más tarde, Nedella oía el estertor de siete mil de los suyos, retorciéndose al pie de Rampeyo, en los sufrimientos de una agonía atroz.

SEGUNDA PARTE

LA RESURRECCIÓN

I

El fakir en el ataúd

Ocho meses habían transcurrido desde los acontecimientos que hemos relatado. Un buque acababa de entrar en el puerto de Calcuta, conduciendo, con el cargamento, numerosos pasajeros europeos.

Entre estos figuraban un centenar de hombres pertenecientes á la clase baja de la sociedad inglesa.

Todos tenían entre sí un aire de familia, y esto había sido notado.

El que los había contratado para una explotación en la India, explicaba esa semejanza diciendo que todos aquellos individuos pertenecían á un mismo tronco.

Los había tomado á su servicio, decía, en un pueblo del país de Gales, y allí, tomados los hombres de una misma localidad, son primos y tienen cierta identidad conformación.

Esos hombres hablaban bastante bien el inglés, pero el idioma tenía un cierto acento de provincia; además hablaban holandés.

Un galés de la tripulación había pretendido que aquella gente mezclaba muchas palabras extrañas al idioma de su patria; país natal; pero no se dió importancia á esta observación.

El jefe era un caballero de unos veinticinco años; nadie, por lo demás, se extrañó de que se hubiera puesto tan joven á la cabeza de una importante empresa. ¡Se comienza muy pronto en las colonias inglesas!

Sir James era un moreno de una belleza atrevida muy seductora.

Las mujeres le encontraban un encanto inexplicable y *flirteaban* con él. Era bien educado, fino, elegante, espiritual, perfecto de ropa y de maneras; había hecho la conquista de las mujeres. Poco se cuidaba de ello. No procuró abusar de la calurosa acogida que el bello sexo le hacía á bordo.

Según decía había contratado á los obreros para plantar índigo.

Se le creía rico, pues había confiado al capitán de á bordo cuantiosos valores.

En una palabra, era un hombre cabal y muy recomendable.

Los marineros queríanle mucho.

El capitán y el segundo le apreciaban considerablemente.

Un día, durante una terrible tempestad, subió, con dos de los suyos, en un abrir y cerrar de ojos, á la gavia del mastelero mayor, para cortar la vela que en vano se intentaba cargar; un instante despues pasaba la borrasca, que hubiera roto el mástil si la vela no hubiera sido aún atada.

Otra vez se pegó fuego á bordo del bergantín.

Sir James y sus galeses lo extinguieron con extraordinaria sangre fría.

De modo que, aunque hubiera á bordo un capitán y dos tenientes del ejército, más cinco *clergymen* y sus respectivas familias y otros personajes oficiales, los honores del salón se dirigían á Sir James.

Así llegó á Calcuta.

El desembarco comenzó seguidamente.

Sir James alojó á su gente, se buscó él mismo alojamiento, y fué á encontrar al capitán Harry Stidmann con quien había hecho la travesía y que se había puesto á su disposición para hacerle conocer Calcuta. El bravo capitán, que regresaba de una licencia, había residido largo tiempo en la India. La conocía á fondo.

—¡Oh querido Sir James!—dijo el capitán, viendo á su compañero,—llega muy á propósito. Se lo aseguro.

—¿Por qué?

UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO U. DE OZ"
Año 7. 1828 MONTEVIDEO, URUGUAY

—Va V., si quiere creerme, á asistir á una curiosa operación.

—¿Cual?

—La apertura de una tumba.

—¿Y es qué es esto interesante?

—El que está en ella encerrado descansa allí hace más de seis meses.

—Entonces estará podrido.

—Dicen que nó.

—¿Ha sido embalsamado?

—Nó.

—En fin, ¿en qué puede ser interesante esta apertura de tumba?

—En que el hombre se hizo enterrar vivo en un ataúd de hierro.

—¿Un original?

—No.

—¿Será un santo!

—¿Será un suicida?

—De ninguna manera. Preténdese que vive. Nos espera una resurrección: vamos á verla, querido Sir James. ¡Ah! ya os decía que la India era la tierra de las maravillas. ¡Al coche!

Sir James, cuando el capitán hubo vuelto la espalda, disimuló una sonrisa; esta historia del fakir no parecía en el fondo interesarle gran cosa.

Subieron á una carriola y por el camino el capitán explicó á Sir James que ciertos fakires se hacían enterrar para resucitar en presencia del pueblo admirado.

—¡Vaya una farsa!—decía Sir James

afectando incredulidad... ¡Mentira! ¡Mentira!

—No; estoy convencido de que esa gente tiene un secreto desconocido para nosotros.

—Pero...

—Además, vamos á ser edificados. La tumba está guardada por un piquete de soldados de la reina. Desde hace seis meses los soldados montan la guardia á su alrededor. Diez miembros del Instituto de Calcuta se relevan para hacer guardia. Se toman todas las medidas posibles contra los fraudes piadosos. El ataúd está rodeado de una capa de cemento; luego se deposita en una estancia sólida y de gruesas paredes, revestida también de cemento, descansando en el atrio de un templo. Ya verá V. como en este asunto no es admisible farsa de ningún género.

Sir James parecía estar muy intrigado, pero, no obstante, poco convencido.

Reflexionaba. De pronto dijo:

—Después de todo es posible. Un tío mío pretendía que los magos de Nínive tenían este secreto. Me hizo leer historias de sapos que vivían en el interior de la piedra. Y mi tío era un hombre serio.

En esto llegóse al punto donde debía efectuarse la apertura de la tumba.

Se había ya reunido una muchedumbre inmensa.

El fakir había sido enterrado á medio día, de modo que á medio día debía ser libertado.

El capitán Stidmann hendía las ondas de la multitud, gracias á sus charreteras y á su uniforme, tan respetados; detrás de él se deslizaba Sir James, que, por lo demás, de un golpe de hombros apartaba á la gente que quería introducirse entre él y su compañero. Los dos curiosos se hallaron en seguida en el recinto reservado al elemento oficial, recinto que se abrió para el capitán y su amigo.

Daban las doce.

La tumba fué atacada por el pico de los soldados de ingeniería inglesa, empleados en aquel servicio tan estravagante. En la masa de los curiosos europeos reinaba la mayor emoción.

La obra avanzaba muy aprisa. El ataúd se encontró intacto. Abrióse...

Cien mil personas estaban allí, pero se habría oído el aleteo de una mosca.

Apareció el cuerpo.

Estaba lívido.

Se puso al fakir de pie y se le hizo tomar algunas gotas de un elixir. Abrió los ojos, respiró, anduvo, y luego exclamó con voz clara y febril:

¡Loor al Dios grande!

¡Loor al profeta!

Y pidió que se le dejara orar sobre la tumba abierta.

La muchedumbre musulmana é india se prosternó; los europeos, vivamente impresionados, se retiraron estupefactos de tal milagro. Volviéndose á Sir James el capitán Stidmann díjole:

—¿Sabe V. que este hecho tiene una importancia política de las más notables?

—¿Cómo es eso?

—¿No ha oído hablar V. de esa hija del rajah de Messorah que está enterrada en una tumba en Rampeyo?

—No.

—He aquí la historia. Habíamos derrotado al rajah de Messorah, y su ejército se había dispersado. La hija del rey, una doncella de una belleza maravillosa, una heroína, se retiró á la impenetrable ciudadela de Rampeyo. En ella se encerró en una tumba, como ha hecho este fakir, y en ella duerme desde hace siete meses.

Sir James no perdía una sílaba.

—Y la joven virgen de Messorah —continuó diciendo el amable cicerone— ha declarado que al que monte su corcel, un caballo indomable, le dejará el cuidado de vengarle y de reconquistarle su reino de nuestras manos. Hecha la reconquista, se abrirá la tumba y se casará con ella el vencedor.

—¿Habla Vd. en serio?

—Tan serio que el gobierno inglés

se preocupa extraordinariamente de ello. Por fortuna, hasta ahora, ningún guerrero ha logrado montar aquel corcel domado por la propia joven.

—¿Y si hubiera un hombre que dominara el caballo?

—Al día siguiente tendría un ejército de cien mil indios.

—*By good!*—exclamó Sir James.

Y la conversación continuó sobre Rampeyo.

El capitán notó que la mirada de Sir James se iluminaba y que su rostro se transformaba.

Pero ¿qué deducir de ello?

Nada.

Así lo hizo el capitán.

Además, partiendo al día siguiente, se despidió de su compañero. Después que se separó de él, murmuró:

—Vamos, había calculado bien, y me he embarcado á tiempo, puesto que he llegado antes de la apertura del ataúd.

La misma noche, Sir James, ¡vaya un capricho! encargaba á un chalán que le comprara el caballo más cerril que pudiera encontrar.

II

El caballo salvaje

Sir James se había hecho comprar, por consiguiente, un caballo salvaje que

jamás había soportado el peso de un hombre, cabalgadura, bocado ó silla.

Y se vió á aquel inglés monomaniaco entregarse durante varias horas á un profundo estudio de la boca de su caballo.

Le ponía obstáculos por delante y le probaba bocados de toda clase.

Por otra parte, hacía experimentos en otras partes del cuerpo del animal: se hizo fabricar para las piernas delanteras una especie de rodilleras de hierro, pero recubiertas de cuero y conteniendo un mecanismo raro.

Estas rodilleras comunicaban con la brida por medio de un sólido hilo de seda que pasaba por un anillo y llegaba á la mano del jinete.

Todos esos preparativos exigieron quince días á lo sumo.

Después de ellos, sir James arregló su caballo con su bocado especial, le colocó las rodilleras en la pata derecha delantera, montó después de haber hecho descintar el animal, y, con la general estupefacción, le condujo como mejor quiso.

Era un animal rudo, lleno de fuego é indomable.

Sir James, después de tomar todas sus medidas, dejó á sus hombres en Calcuta y partió.

—¿A dónde?

—No se sabía.

Quince días más tarde, en un vivac establecido en Rampeyo, se veía llegar á un joven mercader inglés que había imaginado una especulación. Llevaba un aparato para hacer hielo y lo estaba montando.

En el campo, el calor, tostaba.

De todos los campamentos que bloqueaban Rampeyo acudieron á su tienda. Hizo muy buenos negocios.

Con él iban dos hombres que le preparaban el hielo.

Como gran cazador que era, pasaba el tiempo cobrando piezas de toda clase. Exploraba, sobre todo, la montaña por la parte de la ciudad de Rampeyo. Se le advirtió que se guardara de caer en una emboscada. Pero se rió desdeñosamente.

—Ha de saberse que sir James es tan fino como un indio, y que no se dejará coger por vuestros astutos pieles negras.

Un día vió á lo lejos á un centinela que tiraba en dirección á él; desdeñó el dispararle una bala y le arrojó una piedra.

Lo que se ignoraba es que en aquella piedra iba una carta.

Sir James fué muy admirado por el desprecio que demostraba al enemigo.

¡Una piedra!

Era decir á los indios:

—No vales una bala; un guijarro basta contra vosotros.

El general en jefe del bloqueo recibía gratuitamente cada día un convoy de hielo; este general quería mucho á sir James, hasta el punto de darle un pasaporte.

Pero hé aquí que un día no apareció más por el campo. Aquella mañana se había llevado pesadas provisiones, á juzgar por las dimensiones del convoy.

Sus ayudantes dijeron que el amo había resuelto dormir fuera probablemente, con lo cual su salida no dió gran cuidado. Sin embargo, semejante conducta se encontraba muy loca y muy imprudente. ¡Había tantos tigres en el bosque, y se corrían tantos peligros!

Hacia las dos de la mañana, todo el campamento se puso en movimiento. Pasaba en Rampeyo algo extraordinario. La ciudadela resplandecía de fuego; sus muros resonaban de aclamaciones. ¿Qué era lo que causaba esta fiesta?

III

A Rampeyo

Todo ese ruido que hacían resonar los ecos de Rampeyo, lo producía sir James, que acababa de entrar en la ciudad.

Sir James había cazado primero muy tranquilamente hasta la noche. Con el alba, atravesó las avanzadas exhibiendo su permiso. Todavía cazó algo más, y desapareció. El cazador se había ocultado sencillamente en el fondo de una sima.

Al llegar la noche avanzó hasta un árbol situado á la base de Rampeyo. Allí se encontraban dos soldados de centinela.

Dirigióse hacia ellos, y á cierta distancia, exclamó:

—¡Soy el hombre esperado! ¡Venid á mí!

Se adelantó un indio, le cogió de la mano y le condujo al campamento.

El jefe le preguntó:

—¿Quién eres?

—Un pretendiente...

—¿De dónde vienes?

—De Occidente.

—¿Eres inglés?

—No.

—Si eres un espía, nuestros magos lo adivinarán, y entonces, ¡ay de tí!

—Me mataréis; consiento en ello.

—¡Vén!

Y, después de haberle vendado los ojos, el jefe del puesto condújole á lo largo de la rápida escalera que llevaba á Rampeyo.

Sir James fué conducido á presencia del jefe de los magos y de su consejo.

Delante de éste había una carta abierta, la que sir James había arrojado días antes en una piedra.

Sir James fué introducido en aquel templo misterioso, panteón de la India, imponente, extravagante, que hemos descrito y cuyo efecto era tan sorprendente.

El colegio de los magos estaba en sesión.

Jamás cenáculo más imponente se reunió para recibir á un hombre.

Sir James, ante el consejo silencioso é impasible de aquellos ancianos, estatuas de mármol de barbas blanquísimas, Sir James, decimos, permanecía firme y tranquilo.

Aquellos millares de estatuas gigantes, aquellas bóvedas simbólicas llenas de los secretos del templo, aquellos entrecruzamientos de serpientes de piedra y de monstruos de granito, aquella asamblea de hombres centenarios armados de un poder oculto, nada pareció impresionarle, nada pareció conmoverle.

Dejó que se retiraran los que hasta allí le habían conducido, y permaneció firme delante de sus jueces.

Uno de ellos preguntó:

—¿Quién eres?

En lugar de responder puso en tierra su maleta y sacó de ella una brida y una rodillera, lo cual asombró á los magos.

BIBLIOTECA DE BUENOS AIRES
 No. 145.111.11
 Año. 1925 MONTREUX

Con calma y gravedad, mirando á la asamblea dijo:

—Vengo de Francia.

Y después de un silencio:

—Soy francés de origen, transva-liano y boer de nacionalidad y enemigo nato de los ingleses. He sabido en París que vuestro rajah había perdido la suprema batalla, y que su hija, vuestra reina, esperaba, dormida en su tumba, al salvador de Rampeyo.

Después de una pausa continuó:

—¡Soy el salvador esperado!

Y añadió con noble seguridad:

—Habréis oído hablar de la guerra que sostuvo contra los ingleses la pequeña República del Transvaal, que sólo cuenta con veinte mil habitantes boers, y que salió en ella victoriosa (1).

—En tres combates inmortales—dijo el jefe de los magos.—¡Bendita sea por el ejemplo que ha dado!

—Yo mandaba,—dijo el joven caballero, los jinetes voluntarios, que tantos ingleses ha exterminado. Me llamo Luciano d'Ouessant.

Y agregó con resolución:

—Vengo á intentar la prueba del caballo. Pero, antes, quiero exponeros mis proyectos.

Explicó sus planes, que los magos aprobaron.

(1) El autor se refiere á la primera guerra boer.

Entonces resonó la trompeta sagrada; la guarnición se reunió; d'Ouessant apareció rodeado de los portadores de hachas, seguido del solemne cortejo de los magos.

Cubierto con un albornoz árabe, el joven estaba admirable de belleza varonil y guerrera, produciendo gran efecto en aquella guarnición de veteranos.

El silencio era profundo.

Al pie de la fortaleza se veían dormidos los campos de los ingleses; más allá, en la selva, las fieras rugían siniestramente; sus voces lamentables daban á la escena un carácter salvaje.

El caballo de la reina, magnífico pura sangre árabe, pafaba soberbio, con los ojos llenos de fuego, el hocico rojo y todo él estremecido.

En aquel momento se le llamó Dibríd (Esperanza).

En medio de la emoción general, d'Ouessant se acercó al espléndido corcel, bebedor de los vientos, nacido en los desiertos del Yemén; tocó el flaco del caballo y éste se estremeció; los animales, como los hombres, tienen extraños temores, y parecía evidente que d'Ouessant conocía el medio de inquietar á los caballos por medio de presiones magnéticas en determinadas partes del cuerpo.

Queriendo encabritarse primero, saltando después, respirando el aire, relin-

chando, Dibríd acabó por calmarse completamente.

D'Ouessant lo hizo desguarnecer, le puso por sí mismo la brida que consigo traía y le aplicó la rodillera en la rodilla derecha; desde aquel momento el caballo estaba á su disposición.

D'Ouessant saltó sobre la silla; Dibríd se estremeció y quiso brincar, pero fué fácilmente dominado y se puso á temblar.

De entre los espectadores se elevó un largo murmullo de asombro.

El joven pasó por delante de las tropas, domando la fuga de su corcel, dejándole parar ciertas veces y piafar en el mismo sitio, manteniéndole con la mano en el bocado blanco de espuma, ó acariciándole otras veces.

Pasada la revista, d'Ouessant hizo trotar á Dibríd, que se mostró ya tan dócil al paso como á la carrera; luego lo lanzó al galope de ataque y lo paró al momento.

Por todas partes resonaban aclamaciones entusiastas.

El joven saludó á los magos reunidos y luego á la guarnición.

Una inmensa aclamación subió hasta el cielo y resonó allende los bosques.

—¡Animo!—exclamó d'Ouessant. ¡A la última prueba!

Esta prueba consistía en bajar y luego en volver á subir el camino lleno de

escalones rectos que rodeaban el abismo.

Fiando en sí mismo, hizo pasar por la única puerta de Rampeyo á Dibríd, que empezó la ascensión de la estrecha rampa de la montaña.

Ningún otro caballo, ningún otro caballero, hubieran realizado semejante prodigio.

Dibríd llegó jugando á la parte baja de la montaña.

D'Ouessant le hizo entonces dar la vuelta y lo espoleó vivamente.

Era una tentativa espantosa; cada escalón estaba bordeado de terribles precipicios.

Dibríd subió valientemente aquella escalera escarpada y gigantesca; á su entrada resonaron todos los cañones del castillo, todas las armas fueron descargadas en una salva inmensa; millares de antorchas hicieron resplandecer la ciudadela que se destacó espléndida en la arista que coronaba.

D'Ouessant fué objeto de una ovación entusiasta.

IV

La huida

Iba á amanecer: d'Ouessant había recibido de los magos un sello que le acreditaba como jefe de la sublevación general tanto tiempo esperada; lo había

ocultado debajo de la capucha de su albornoz.

Derecho en los estribos, el joven esperaba los primeros resplandores del alba; una ansiedad inmensa sobrecogía á los soldados; los magos permanecían impasibles.

¿Qué extraña determinación podía meditar ese atrevido caballero, cuya silueta se recortaba tan valientemente sobre Dibríd, de pura sangre árabe?

Un vago resplandor coloreó las cimas del *Techo del mundo*; el joven sonrió á ese azul celeste, y, volviéndose hacia sus soldados les dijo:

—¡Veteranos, mirad el campamento de los sitiadores; voy á atravesarlo!

Sembrando entre ellos la esperanza, con ademán soberbio, y la mirada segura y el rostro arrogante, les gritó:

—¡Hasta más ver!

Bruscamente echó á Dibríd al galope.

El pura sangre descendió la rampa, llegó abajo y se intrincó en las selvas.

Los soldados en los reductos, los magos en la terraza escucharon los ruidos de los vivaques.

Resonaron numerosos tiros, y se elevaron violentos clamores.

Karnak pasaba.

Se le entrevió como una blanca visión en medio de un torbelino de humo y de llamas, envuelto por el tiroteo, pero

atravesando las líneas y el campamento con una rapidez espantosa.

No fué más que una aparición.

Dos horas después, en una montaña distante dos leguas, subió hasta el cielo una gran humareda: era la señal convenida: d'Ouessant estaba sano y salvo.

V

¡Este excelente Sir James!

El consejo de guerra del ejército sitiador celebraba reunión en el cuartel general.

—Señores,—declaraba el general Simpson—acaba de ocurrir un caso muy grave; ha salido de Rampeyo un hombre montado á caballo en el famoso pura sangre de la Reina, y ha traspasado audazmente nuestra línea de avanzadas.

—Debía llevar una cota de malla—dijo un oficial de Estado Mayor.—Yo estaba en una de las avanzadas que ha atravesado; se le han hecho más de veinte descargas, en cuanto se le ha visto, y ni una le ha alcanzado.

—Se le han disparado más de mil proyectiles—exclamó el general.—Pero no fué herido; evidentemente llevaba una cota de malla debajo del albornoz.

—General—observó un coronel de artillería—el caballo no estaba protegi-

do y no obstante tampoco fué alcanzado. Digamos que en medio de su sorpresa los cipayos han tirado mal, como tienen por costumbre.

El general se mordió los labios.

El coronel continuó.

—Los disparos precipitados que han saludado al atrevido jinete al aparecer en el campo, han sido hechos tan desgraciadamente, que hemos tenido treinta hombres heridos ó muertos unos por otros. ¡El, nada!

—¡Suerte extraordinaria! — observó el general.

—No,—continuó el coronel;—yo hubiera apostado por él; nuestros soldados jamás han demostrado sangre fría en esa clase de aventuras.

—Decididamente—dijo el general impacientado—este hombre ha debido hacer en Rampeyo como el Salvador esperado. Habrá sido reconocido como tal, puesto que ha montado en el caballo de la reina.

Helo ya fuera con el sello sagrado y sin duda irá á fomentar la revuelta.

—Es cierto.

—Es una situación comprometida.

—Tendremos una insurrección general si no se obra con energía.

—Voy á mandar un despacho á Sir Vincester teniente general del gobernador ausente.

Luego añadió el general:

—Hay que ejercitar á la gente dos horas diarias á tirar al blanco; decididamente son unos torpes.

El remedio después del mal... ¿sería tiempo?

El coronel de artillería dijo:

—Mi general, dos horas de tiro al blanco no les dará la sangre fría que les falta.

—Les hará más hábiles.

En aquel momento un sargento pidió audiencia al general, que le recibió y preguntóle:

—¿Qué hay?

—Mi general—declaró el sargento—ocurre una cosa muy extraordinaria.

—¿Qué?

—Los dependientes de Sir James, el fabricante de hielo, han desaparecido y han roto el aparato antes de abandonar el campo.

Seguidamente llegó un oficial portador de un pliego.

—He aquí, mi general, una carta dirigida á V.; ha sido hallada en las cercanías de nuestro fuerte.

El general la abrió y leyó:

«Al general Simpson, jefe del sitio de Rampeyo».

«Mi general:

»Yo, d'Ouessant, tengo el honor de participaros que, bajo el nombre de Sir James, habiendo recibido de V. la hospi-

talidad más graciosa, estoy en el caso de darle las gracias.

»Encontraréis en mi siempre un enemigo cortés y generoso.

»Cuenta conmigo y acepte la seguridad de mi más distinguida consideración.

Luciano d'Ouessant.

—¡D'Ouessant!—exclamó el coronel de artillería.—Es el famoso capitán d'Ouessant! Entonces la guerra será viva y rudamente dirigida.

—¿Le conocéis?—preguntó el general.

—Ya sabéis, mi general, que he servido en la campaña contra los boers.

—Con mi colega Celley, que allí encontró la muerte y tres derrotas.

—¡Si, tres derrotas! En ellas me encontraba. Pues bien, d'Ouessant, muy joven entonces, casi aun niño, mandaba los caballeros voluntarios de vanguardia y los conducía con raro talento, os lo aseguro.

Sonriendo amargamente añadió:

—Me acuerdo de cierto movimiento de flanco en Ingogo, donde fuimos tan cruelmente batidos, movimiento llevado por el atrevido joven con una audacia, con una seguridad y una precisión admirables. Se estableció en el costado derecho de nuestra columna de asalto con cuatro ametralladoras y un centenar de

jinetes armados con carabinas de repetición y nos causó un daño enorme.

—¡Y helo aquí en el famoso caballo de la Reina!—dijo un coronel de cipayos —¡guardémonos!

El general Simpson se levantó y puso fin á la reunión ordenando:

—¡Cuatro horas diarias de tiro al blanco! En adelante ya no se equivoca ni un solo tiro.

Fué la frase final.

VI

La corte del Rajah del Nepal

Lord Vincesster, teniente general del gobernador de las Indias, á quien sustituía por estar con licencia, tenía bajo su mando todas las fuerzas militares de la India.

Deseoso de distinguirse, tenía por objetivo la conquista del Nepal; pero no quería caer en la torpeza de ser el primero en atacar; quiso que fuese el rajah del Nepal quien le declarara la guerra.

Para ello, recurrió á todas las intrigas.

Primero, con un pretexto fútil, había enviado un ejército bajo las órdenes del general Simpson al pequeño reino de Messorah, vasallo del Nepal; ya hemos

visto que Simpson derrotó al rajah de aquel reino y que sitiaba á Rampeyo.

Luego lord Vincester reunió bajo sus órdenes directas un fuerte ejército de treinta mil hombres y esperaba para invadir el Nepal, que su rajah cometiera alguna imprudencia.

El rajah tenía solo diez y siete años.

Criado en la molición y en el enervamiento del harem por un ministro á quien su padre dejó al morir la regencia Aureng-Zeb se había dejado conducir dócilmente, pero un día, durante una partida de caza, el joven rajah vió ante él un fakir que gozaba de gran veneración.

El santón desarrapado gritó al rey:

—¡Aureng-Zeb, eres un cobarde y un imbécil! Te dejas llevar por un ministro que te roba, que te traicionará cuando quieras ser amo y que te entregará á los ingleses!

El rajah, separado de sus cortesanos por las peripecias de la caza, sólo tenía á su lado tres cazadores á los cuales había ordenado bajo pena de muerte el silencio respecto de aquella escena, después de la cual sobrevino un gran cambio en la vida de Aureng-Zeb. Se volvió sombrío, reservado, altanero delante de su ministro.

Este acabó por comprender que el amo quería al fin ser amo.

Pero como había robado el tesoro del Estado, como se había creado muchos

enemigos que se convertirían en sus acusadores en cuanto el rajah se emancipara, pensó que el rajah le mandaría cortar el pescuezo.

El miedo le sobrecogió.

Envió á lord Vincester un comisario secreto para proponerle la conquista del Nepal, cosa fácil á causa de las traiciones que se producirían.

Vincester había aceptado.

Se convino que el ministro impulsaría al rajah á la guerra, que Vincester tanto deseaba.

El ministro hizo como que cedía el poder á su dueño y señor; declaró que había llegado la hora de que gobernara por sí mismo y le dejó todas las apariencias del poder del cual en realidad quedó como verdadero poseedor, manejando secretamente todos los resortes.

Preparaba las maquinaciones que debían conducir á la ruina del reino, al triunfo de los ingleses y á la caída del rajah que, bajo la dominación británica, sería remplazado por el hijo de Aureng-Zeb depuesto, un niño de dos años cuyo regente sería.

Los dos cómplices se entendían por medio de un falso faquir que había ya hecho varios viajes y que durante el último llevó á Vincester indicaciones preciosas. Debía regresar con la respuesta del lord y el ministro le aguardaba impaciente.

El Consejo estaba reunido.

El ministro encendía en el corazón del rajah el fuego de la guerra y Aureng-Zeb, radiante, confiado esta vez en un ministro tan enemigo de los ingleses en apariencia, Aureng-Zeb acababa de dar la orden de que sus tropas marcharan á las fronteras.

En aquel momento se paseaba delante del palacio un guerrero árabe; llevaba un traje parecido al de los aventureros de su raza que á menudo se hacen guardianes voluntarios al servicio de los soberanos de la India.

Se le acercó un mendigo, cambió con él algunos signos misteriosos y luego en voz baja dijole.

—Estoy encargado de traerte á tí, que salvarás las Indias, este paquete de cartas que esperas. Los conjurados de Calcuta han obedecido tus órdenes y vigilado el faquir emisario; ha sido seguido después de su entrevista con el teniente general; se le ha detenido y se le ha secuestrado la contestación de lord Vincester, que vengo á poner en tus manos.

—¿Y el faquir?

—Muerto, enterrado, desaparecido... Lo que deseabas ardientemente hacer se halla entre tus manos.

—No puedo—dijo Karnac—ni darte las gracias ni recompensarte ahora. En

el día del triunfo preséntate y mi mano se abrirá generosamente.

El mendigo se inclinó, recibiendo una pequeña limosna y se alejó.

D'Ouessant abrió el paquete, sacó de él varias cartas las leyó y se las guardó en su cinto.

Entonces se acercó al jefe del cuerpo de la guardia que vigilaba á la entrada de palacio y le dijo:

—Haz avisar al rey que un enviado de los sacerdotes magos de Rampeyo le pide enseguida una audiencia de la cual depende la salvación de su reino.

Aureng-Zeb había recibido varios avisos misteriosos anunciándole que un enviado de los magos se presentaría un día y le revelaría importantes secretos; de modo que ordenó que el árabe fuese introducido inmediatamente.

Este entró en pleno Consejo, saludó al rajah con gallardía cortés, y le dijo en inglés, lengua que hablaba Aureng-Zeb.

—Vengo á tí para salvarte.

—¿Quién eres?—preguntóle el rey con desconfianza.

D'Ouessant sacó de su cinto una carta de los magos de Rampeyo y dijo la cónicamente al rajah:

—¡Lee!

El rajah verificó el sello, lo rompió, leyó y exclamó con rostro radiante:

—¡Eres mi amigo! ¡eres mi hermano!

Mandarás mis tropas y las llevarás á la victoria.

Y ordenó que entrara la muchedumbre de señores que esperaba el final del Consejo. Entonces el rajah dijo á toda la corte:

—He aquí el salvador del Nepal y de Messorah, enviado por el Destino. Ha franqueado dos veces las líneas de sitiadores de la ciudadela de Rampeyo; ha venido montado en el indomable pura sangre de Nedella; los sacerdotes magos han consagrado su misión ¡salud al general en jefe de mi ejército!

Después de una ovación entusiasta, el rajah preguntó á d'Ouessant:

—¿Eres árabe?

—¡No! Soy francés de origen y boer de la pequeña república del Transvaal que también ha rechazado á los ingleses hace algunos años.

—¡Oh!—dijo el rajah, me he hecho leer y traducir todo lo que los periódicos han relatado de esa guerra. ¿Estabas tú en ella?

—Me llamo d'Ouessant y mandaba en la vanguardia los caballeros voluntarios que aniquilaron el primer cuerpo inglés de invasión.

—Hoy,—exclamó Aureng-Zeb, es un día de gloria.

El rajah y toda la corte manifestaba su alegría; sólo el ministro se mostraba sombrío.

O'ouessant fijó en él su mirada, y le dijo en voz alta y amenazadora:

—Si es un día de dicha también lo es de justicia.

Luego preguntó:

—Sahib (Señor) ¿tienes guardias seguros mandados por un oficial fiel?

El rajah mostró á un viejo general y dijo:

—He aquí el comandante de mi guardia, el mejor amigo de mi padre; éste no me traicionará nunca.

—Que escoja á diez de sus mejores oficiales y que venga aquí para detener á los culpables.

El rajah hizo un signo y el general salió en medio de un silencio solemne.

El ministro estaba lívido.

El general volvió con sus oficiales.

—Sahib,—dijo entonces d'Ouessant, haz detener á tu ministro, que te vende á los ingleses.

—¡Cómo, él quiere la guerra!

—La quiere para entregarte á ellos.

D'Ouessant cogió las cartas reveladoras y las tendió al rajah, que las leyó.

Cuando hubo terminado, exclamó con los ojos centellantes, mostrando al ministro:

—¡Ha vivido! ¡que caiga su cabeza!

Y á d'Ouessant:

—Tú eres mi general, pero serás también mi ministro. Te obedecerán como á mí.